

## Paseo de otoño: la ribera del Jarama

- Duración 30' + 30', sin contar paradas.
- Camino muy ancho, apto para bicicletas.
- Dificultad baja. Excelente para niños

Salimos de Puebla de Valles por la calle de la Soledad, hacia poniente, siguiendo el cauce del Arroyo del Lugar, mientras los olivos de la derecha nos acompañarán todo el recorrido, algunos "milenarios" y la gran mayoría "centenarios". La antigüedad de algunos ejemplares se intuye por lo nudoso del tronco y la apariencia de varios olivos juntos, que en realidad son uno solo. El paso del tiempo y la erosión han enterrado su tronco principal y ha dejado al descubierto las ramas principales como si de troncos se tratara. Obsérvese la diferencia entre los olivos cuidados y los que no lo están. Las aceitunas son de aceite, dicen que poco apropiadas para la mesa, aunque a nosotros nos saben muy bien.



A la salida del pueblo encontramos la ermita de la Soledad que preside el camposanto. Fue construida en el año 1.567, en pleno Renacimiento, según indica la leyenda de la hornacina en el lado de poniente. ¿Por qué hay en la provincia de Guadalajara más de 150 ermitas “de la Soledad”, todas en las afueras del pueblo y de aspecto parecido?

El camino se desliza a media ladera hasta bajar al cauce del arroyo en apenas 10 minutos, dejando a izquierda algunos huertos, todavía vivos a pesar del otoño; a derechas olmos y chopos de vivos colores. Doscientos metros antes de llegar al cauce, el camino se para frente al vertedero y a la derecha nos muestra una senda que lleva al mirador de Villalvilla en 3 minutos, con excelentes vistas sobre los montes de Valdesotos y la vega del Jarama. Una senda de ida y vuelta que merece la pena.

Ya en el cauce, el camino se divide y tomaremos el ramal derecho mientras observamos de frente la casa de los motores y el cerro de "Lomo Gordo" con su media luna característica. Cuenta la leyenda ("La cadena de oro" recogida en el libro de Puebla de Valles) que Lomo Gordo está enamorado de Villalvilla y una cadena de oro une sus manos para siempre. Cien metros más abajo, en la ladera de la derecha, aparecen muy visibles capas de yeso blanco, entremezcladas con la arcilla. Por eso Villalbilla es conocido como el cerro del yeso.

Cinco minutos mas tarde pasamos junto a una caseta y encontramos unos magníficos nogales a ambos lados del camino. Merece la pena detenerse ya que nueces maduras llenan el suelo y podremos degustarlas; son de sabor intenso y de menor tamaño que las de california. Podremos disfrutar de los ocre de sus lánguidas hojas y, con un poco de suerte, veremos la pareja de ardillas que cuida de ellos.



*Lomo Gordo*



*Pozo oscuro*

La pista sigue paralela al Jarama unos quinientos metros, (ya se oye su andar despacio entre álamos y alisos), hasta un regajo que baja a la orilla entre juncos y plantas de ribera. Aquí el camino se separa del río, como si quisiera huir, pero no es más que una estrategia para acercarse a sus queridos olivos que siguen apareciendo a la derecha.

Un poco más adelante llegamos al cruce del camino de la dehesa que aparece a la derecha. Continuamos de frente y en cinco minutos la pista llega a su final en un olivar pedregoso, frente al monte a cuyos pies corre el Jarama. Aquí el camino apenas es una breve senda que seguirá hasta el mismo borde del río. La vista desde aquí es muy hermosa: de frente los cerros de Valdesotos y el cañón del Jarama; a nuestra espalda la vega.

¡Que explosión de color ¡

A la izquierda aparece una cuesta abajo muy pronunciada en la se aprecia claramente el camino, que continuaremos entre chopos hasta su final en una playa de aspecto frondoso y poza espléndida. Estamos en el Pozo de la Roca, a cien metros de la cuesta, donde finaliza el cañón del Jarama.

¡Silencio! Es hora de disfrutar del colorido del entorno, del canto del río acompañado por los coros improvisados que la brisa genera acariciando las hojas de los árboles, de observar las truchas y esperar que la pareja de nutrias venga a saludarnos. Tómate el tiempo que quieras; te sabrá a poco.

Desandamos el camino, subimos la cuesta y seguimos la sendita paralela al río. A cien metros aparece el Pozo Oscuro, una enorme roca a cuyos pies hay una cueva donde el Jarama juega al escondite, mientras los chopos de la orilla le dan sombra. Una estrecha vereda baja hasta la playa y permite una visión más intimista de este rincón de leyenda (“El pozo oscuro”, recogido en el libro de Puebla de Valles).

Volvemos arriba y si tenemos tiempo, seguimos de frente. Nos acercamos al Marralín y a sus cuevas, habitadas en otros tiempos. Todavía puede observarse un nido de águilas reales en el roquedal, por encima de la cueva donde alguna colmena hace equilibrios. La visión del discurrir del río al fondo del cañón y su musicalidad nos traslada a otros momentos.

La senda se agota y hay que regresar por el mismo camino. Aprovechemos para disfrutar de otra perspectiva del paisaje que ya conocemos, pero que en unas semanas lucirá diferente.